

posible encontrar una sola condición que indique la presencia de un temperamento. Habría sido mejor que, como sus demás obras, el señor Garasino la hubiese mantenido inédita. Nos habría ahorrado malgastar una hora de tiempo y escribir este breve comentario que sólo hemos hecho para complacerlo, pues en seguida de la dedicatoria al director de ATENEA escribe lo siguiente:

Se suplica acusar recibo de este libro y cualquiera opinión que sobre él se publique, enviarla al autor.

Creemos haber satisfecho el deseo de éste.—A. T.

DOS LIBROS, de *Armando Godoy*.

Con cierta frecuencia se ha visto el éxodo de escritores de la América indo-hispánica a Francia. El conde de Lautreamont, Jules Supervielle, Jules Laforgue, aunque éstos eran americanos sólo de nacimiento, y al irse a ese país no hacían tal vez sino un viaje de regresión, pues volvían a la tierra de sus antepasados, ya que eran descendientes de franceses transplantados a América. Pero también otros, de puro origen indô-hispánico, como José María de Heredia, Vicente Huidobro y ahora más reciente Armando Godoy, siendo proficuo para éstos el cambio ambiental y la transmutación del idioma nativo.

Armando Godoy, es cubano como Heredia, y nació en la Habana en 1880. Desde hace tres lustros más o menos, reside en París, habiendo

publicado desde entonces como una decena de libros que le han conquistado una extensa estimación entre los escritores franceses contemporáneos. Tiempo atrás, una bella revista de Niza, llamada «Mediterránea» le dedicó uno de sus números mensuales, en la que aparecieron artículos de autores de las más diversas tendencias y de muy diferentes significados valorativos, uniformemente elogiosos para Godoy.

Pocas veces, creemos, se ha tributado en Francia un homenaje más unánime a un escritor nacido en Sur América. Es verdad que esta misma unanimidad, esta permanencia del elogio, hace que el lector independiente lea con ciertas reservas *Hossanna sur le sistre y monologue de la tristesse et colloque de la joie*, considerado por la crítica francesa como los mejores libros de Godoy (1).

La característica de estas dos obras es la musicalidad, como ya lo han apuntado algunos de sus críticos. (le han llamado «poete de la musique», «Prince de mucisisme verbal»). El precepto verlainiano de la «*musique avant tout chose*» es para Godoy esencial. Nosotros podríamos decir entonces que nada hay más distante de la poesía que la obra de este escritor, pues ha tiempo se ha desplazado de ella la musicalidad como lo literario de la pintura. La poesía, es preciso repetirlo, es algo tan autónomo que vive sólo de sí misma no necesitando de recursos extraños a ella para su expresión. En Godoy la preocupación por lo musical es excesiva, malográndole

(1) Editions Emile-Paul Frères, París.

la mayoría de sus poemas. Muchos de éstos no traspasan la dulce mediocridad rimada, vacíos totalmente de elementos interiores dignificados:

Je suis amoureux d'une femme,  
je suis amoureux d'une flamme.  
Elle est la flamme et l'oriflamme,  
elle est la Gloire qui m'acclame,  
elle est la Mort qui me réclame,  
elle est blessure, elle est dictame,  
elle est répons, épithalame;  
elle est le rythme de mon ame!

Además, existe en Godoy la costumbre de escribir versos, la costumbre de llenar de renglones cortos hojas en blanco, careciendo desde luego, de la capacidad fundamental de autocrítica y del sentido de la depuración. Pasan páginas y páginas y es como si nada hubiese escrito en ellas. Es que Armando Godoy no sabe rechazar oportunamente, como aconseja André Gide, la facilidad del impulso adquirido y se desparra en interminables versos indiferenciados, despersonalizados. O acaso podría precisárseles una ascendencia determinada, un origen un tanto definido. Ya se ha dicho de ellos, con razón, que proceden de Verlaine, y Baudelaire. No se necesita ser muy perspicaz, por lo demás, para haber hecho una idéntica observación. A lo largo de la obra de Godoy encontramos resonancias frecuentes, ecos sostenidos de ambos poetas. Cualquiera puede constatar que éstos han influido en forma diversa, pero intensa, en lo mejor del temperamento de Armando Godoy y con el agravante de que éste, no siempre, ha sabido aprovechar con certeza la influencia recibida,

ni tampoco asimilarla, que es la única manera de estrujarla en beneficio propio. El mismo Godoy no sabe controlar su admiración, encerrarla, en esa medida discreta y en un poema que dedica al autor de *Sagguesse* desborda su entusiasmo por Verlaine. Ahí mismo, llama al poeta de las *Fleurs du mal* «mon Dieu Baudelaire».

Seguramente y por lo manifestado más arriba, para leer a Armando Godoy, (¿quién no sabe lo que ha caminado o saltado, mejor dicho, la poesía desde Baudelaire y Verlaine hasta Valery y Paul Eluard, por ejemplo?) debemos retrotraernos y ubicarlo allá en los poetas de fin de siglo y entre ellos, sólo se salva por su sensibilidad, ya que en algunos de sus poemas logra cristalizarla nítidamente, acertando con frecuencia en toques sencillos y finísimos, de suave tono menor (Quiétude, Tes mains sont de velours). Entonces se olvida de su exuberancia, de su elocuencia, a pesar que elocuente es sólo en grado mínimo. En esto aventaja a su compatriota Heredia que, en su famoso libro *Les Trophees* no supo borrar nunca la rudeza, el son metálico heredado del castellano. Godoy, que maneja el francés fácilmente ha sabido también asimilar la ductilidad de este idioma y ha escrito versos de una limpia simplicidad:

Tout dort, tout dort  
sous le ciel mort;  
le vent, les eaux  
et les oiseaux.

Tout dort, tout dort,  
sous le ciel mort;  
L'inmensité  
de ta gaité.

Et les ilots  
de tes sanglots.  
Tout dort, tout dort,  
sous le ciel mort.

Le «jamais» noir  
de mon espoir,  
le blanc «toujours»  
de mon amour.

Tout dort, tout dort  
sous le ciel mort,  
Tout dort, tout dort,  
même la mort.

Sin embargo, y para terminar, ampliando lo dicho en el tercer párrafo, casi no comprendemos el elogio de los escritores franceses a la obra de Armando Godoy. Uno llega hasta hacerle un paralelo con la obra de Paul Valery. Casi, pues, sabemos que Godoy es hombre cultísimo, fino charlador y sobre todo, hombre de gran fortuna. Su casa, en la Rue Raffat, está siempre abierta a los artistas. No quisiéramos ser drásticos, pero... ¿esto no podría explicarnos algo?—A. T.

LA CRISIS UNIVERSITARIA, por *Ernst Curtius, C. Bouglé y otros.*—  
Recopilación y notas de Y.  
Pino Saavedra y R. Munizaga A.

Este libro recopilado y anotado por Pino Saavedra y R. Munizaga A., tiene una cualidad: la de dar a conocer la opinión de eminentes profesores sobre lo que ellos creen ser las causas de la crisis universitaria en sus diversos países. Esta cualidad se equilibra con un defecto: el de la falta de unidad en los aspectos que cada uno de esos eminentes profesores contempla. El

más extenso, y quizás el más completo, es el trabajo de Curtius, pero lo mismo que los otros, se resiente de falta de universalidad, de falta de un sentido filosófico y sociológico de la educación. No son las universidades las que están en crisis: es la educación, es el mundo entero y sus infinitas manifestaciones.

El libro editado por la Empresa Letras, presenta un aspecto heterogéneo que lo hace desmerecer, pues mientras Curtius intenta desenredar la madeja de una manera realmente universitaria, es decir, observando los aspectos más o menos cercanos del problema, Julio Rey Pastor toma el rábano por las hojas y arremete pobremente contra un sistema eleccionario que nada tiene que ver con la educación y sus finalidades, y mientras Spranger habla de la manera más práctica de impartir la educación en las universidades alemanas, C. Bouglé, que cree que París es el mundo o por lo menos el cerebro de él, se debate en medio de los innumerables problemas de las universidades francesas, sin lograr poner nada en claro.

Felizmente, a Pino Saavedra y a R. Munizaga A., se les ocurrió escribir sobre lo que pretenciosamente llaman el problema universitario chileno, como si hubiera un problema universitario nacional y otro mundial. En ese trabajo, y con la ayuda de don Valentín Letelier y de José Ortega y Gasset, los recopiladores logran aclarar muchas cosas, cosas que sin duda Curtius pudo también aclarar si en vez de reducir su trabajo a Alemania hu-